

UNA REFLEXIÓN DESDE LOS ROSTROS INTERPELANTES DE LOS MIGRANTES EN EL MUNDO

P. Emmanuel
Cerdeja Aguilera, CS*

Resumen:

La diversidad y el intercambio que existen en Europa abren desafíos culturales, políticos y religiosos aquí. Convivir con *la diferencia* es el pan nuestro de cada día en el viejo continente. ¿Cuál es el papel del cristiano o del misionero de frente a este mundo tan diverso? El respeto de la alteridad y el diálogo se vuelven fundamentales para poder discernir la opción de la *Sequela Christi* (caminar tras Cristo) como una forma de vida válida, proponible y liberante para la humanidad de hoy.

“Padre, ¿y entonces usted es un misionero, y vino a Francia a buscar convertir?” - Yo: “No, no estoy aquí para eso, no busco convertir”. Esa fue una parte de la plática sostenida con la doctora encargada de atenderme en el consultorio médico del OFII (*Office Français de l’Immigration et de l’Intégration*). Sí, es aún común encontrar gente que piensa que la tarea del misionero católico se reduzca a ‘seguir convirtiendo’ personas. En un continente tan variado en todos los aspectos, como lo es el europeo, lo último en lo que piensas como misione-

* Mexicano, misionero scalabriniano destinado a la región europea. Ha hecho estudios de teología con especialización en teología fundamental en la Universidad Pontificia Gregoriana. La experiencia misionera (pastoral y no sólo) abarcan ambientes tan amplios como diversos con comunidades migrantes y locales en ciudades como Roma, Ginebra, Londres y Berna. Actualmente radica en la ciudad de París.

ro, como consagrado, es querer imponer tu creencia. Corres el riesgo no sólo de que te juzguen de proselitista, de ser acusado de intolerancia religiosa y, en varios contextos, una actitud tal, te excluiría de un eventual encuentro y aproximación al ‘mundo del otro’.

Hace ya más de siete años que llegué a Europa. Había dejado México con la emoción del joven misionero que se aventura a todo un mundo por explorar. La mente, el corazón y las alas estaban abiertas para emprender el viaje hacia horizontes desconocidos que seguramente me cambiarían la vida. Seis años antes había dejado mi pueblo, para seguir un ideal que se presentaría como mi estado de vida: ser misionero para los migrantes. Esta respuesta a Dios se concretizó con los Misioneros de San Carlos Scalabrinianos. Allí, entonces, empezó la aventura que cambiaría mi vida por completo. Siempre quise servir a alguien, en algo. Con el tiempo, ‘a los de paso’, ‘a los caminantes’, ‘a los que van y vienen’, ‘a los que son de aquí y a la vez no’. Ellas/os se convirtieron en mi forma de respuesta a un llamado que venía de Él, de Dios, origen de toda vocación. La opción era tan descon-

certante cuanto fascinante. ¡Y me arriesgué!

Mi pequeña y, a la vez, gran experiencia misionera la sintetizo en las palabras de nuestro padre fundador, el beato Juan Bautista Scalabrini: “Lleven a los migrantes el consuelo de la fe y la sonrisa de su tierra”. Esta es la síntesis de mi vida misionera y del ideal que aún conservo. Ser en la lejanía de la tierra de muchos, una sonrisa y una presencia, es decir, una actitud que refleje a ese Dios que está siempre cercano. Muchas veces, el hecho de estar desarraigados, se vuelve una condición para propiciar el encuentro, el intercambio, el hacernos familia y ayudarnos mutuamente, en otras ocasiones propicia la celebración de la fe y de nuestras tradiciones religiosas. Esta condición de desarraigo la compartimos las/os misioneras/os y las/os migrantes, bueno, aunque en realidad todas/os las/os misioneras/os somos migrantes, somos humanamente hablando, migrantes con las/os migrantes.

Valores como el respeto de la diferencia, la convivencia y la inclusión se ponen a prueba cuando te encuentras en contextos que verdaderamente te retan y te

desarman. Estos valores, difundidos y predicados tanto por asociaciones e instituciones civiles, así como por las de índole religiosa, pueden permanecer como maravillosos ideales *invivibles*, si no se tratan de concretizar en la cotidianidad, en lo que somos cada día y en todo momento. La cultura del encuentro tiene que ver, desde mi experiencia con tantas comunidades ‘extracomunitarias’ en Europa y con los europeos mismos, con un *estar atentos* a aquellos que cohabitan cotidianamente mi mundo y mi realidad. La filósofa y mística francesa Simone Weil decía que “la atención era la forma más rara y más pura de la generosidad”. Efectivamente, esta atención exige la apertura de todos los sentidos, desde los ojos y los oídos, hasta las manos y el corazón, para darse cuenta de que el otro está ahí, a nuestro lado, interpelándonos.

Por tres años y medio tuve la oportunidad de conocer y visitar las diferentes comunidades de migrantes cristianos y católicos presentes en Roma. Con varias de ellas hemos podido hacer un verdadero camino de acompañamiento mutuo. Nuestro papel de ser puentes entre el vicariato migrantes de Roma y cada una de

las comunidades, nos llevó a involucrarnos en historias que aunque tuviesen su punto de encuentro en las celebraciones religiosas, no se limitaban a ellas. Tan solo el hecho de caminar juntos permite descubrir que hay muchas necesidades y carencias en la gente que vive lejos de la tierra de origen, pero que también, hay mucho por recibir y aprender de lo que ellos han vivido. El ser misionera/o te permite explorar historias que poco a poco cambian tu vida y la visión que tienes de la misma. Tu vida como consagrada/o, y al final como persona, ya nunca vuelve a ser la misma, pues esos encuentros te transforman.

La cultura del encuentro y la identidad cristiana

Como parte de mi formación misionera en una congregación que trabaja con y para las/os migrantes, he tenido que formarme en ambientes y contextos muy variados. En algunas ocasiones con comunidades católicas latinoamericanas en grandes ciudades y en otras con comunidades cristianas pero no católicas, también con comunidades católicas europeas creyentes y no, con grupos de jóvenes creyentes, tanto locales como migrantes, en círculos e ins-

tituciones ateos y agnósticos, en ámbitos eclesiásticos de acompañamiento a migrantes y en otros ámbitos más de carácter activista y laico. En todos estos contextos, he tratado de que el común denominador fuese el crear vínculos, lazos.

Creo firmemente que hoy día sirve hablar de una teología débil, es decir, un pensamiento y quehacer teológicos que no imponen y no parten del presupuesto que deben primeramente convencer de algo a alguien. Sino una teología que abre espacios, *intersticios*. Es esta, experiencia de intercambio y de encuentro lo que enriquece, desarma de toda pretensión de dominio y finalmente, nutre. Tu ser mismo, sin necesidad de explicitarlo, debe hablar de tus convicciones y de tu fe. Esto da la posibilidad de que los mundos diversos se encuentren y se enriquezcan mutuamente.

Pero, ¿qué entiendo realmente por esta teología débil y sobre todo, cómo podría aplicarla en el contexto de la migración y la diversidad aquí en Europa? Para empezar, es necesario aclarar que en teología englobo no sólo las reflexiones que nacen en el seno de las grandes institucio-

nes eclesiásticas sobre la doctrina cristiana, sino también el modo de acompañar, de llevar a cabo una pastoral, en sí, del quehacer total por parte de la institución eclesial y de la Iglesia como comunidad de creyentes. Esto para mí, tiene que ver, con un modo de ponerse en el mundo del que ella es parte. Por eso, sin olvidar la centralidad del mensaje cristiano, que es transmitir la Buena Nueva del Cristo, será la modalidad de poner/ofrecer este mensaje en el mundo, lo que resultará decisivo. Yendo más a fondo, si el Evangelio, lo que debemos comunicar, se encarnó en un hombre, es decir, si ese hombre con su vida nos dijo todo lo que tenía para decirnos, entonces deberíamos partir desde la mujer y el hombre común, para llegar a *Aquel* hombre específico, a quien los cristianos consideramos la cumbre de la humanidad: Cristo Jesús.

Ese partir de la mujer y del hombre es lo que, según mi experiencia, puede permitirnos seguir apostando por el Evangelio como una opción de vida vivible y proponible para la humanidad actual. En un mundo tan variado, como el europeo, es fundamental construir vínculos hermanables, una humanidad que abra

espacio a la diferencia del otro, diferencia que va desde su sentir y hacer, hasta su creer y pensar. La comunicación de una persona (Jesucristo) como fundamento del mensaje evangélico, debe hacernos tener en cuenta como elemento primordial, justamente esa humanidad muchas veces herida, oprimida, pobre, necesitada y lastimada. La teología débil por lo tanto sería esa presencia que acompaña, que camina y que comparte la vida. No la transmisión inmediata de verdades a las cuales adherir, sino la consciencia de esa humanidad hermana, el hacer camino y al final de cuentas construir puentes, muchos puentes. No se trata entonces de imponer verdades que podrían resultar abstractas, sino de hacer creíble con la vida y el testimonio aquello en lo que creemos y que finalmente nos sostiene.

Todo lo que el papa Francisco ha dicho sobre la cultura del encuentro tiene que ver justamente con esta capacidad de estar atentos, no ser indiferentes a los rostros que nos buscan, no condicionar con esquemas de todo tipo la vida del otro, dejarnos desarmar por las inquietudes del que es diferente, pensando que algún día, tal vez sea yo mismo quien pueda ‘desinquietar’ al otro con

mis necesidades, carencias y diferencias. En Europa, si bien se ha hecho un camino hacia la inclusión y la colaboración, aún hoy, se siguen observando conductas de rechazo, de eliminación inmediata de la/el otra/o. Tal vez, en el fondo podría tratarse de un temor: ¿qué tipo de temor? Cuando se tiene una identidad y se es consciente de lo que se tiene y lo que se es, no hay temor a darse, a ‘desintegrarse’ para responder a las necesidades de las/os demás. A veces y en ciertos círculos he notado esta necesidad de autoafirmarse (por miedo) excesivamente, ya sea a nivel personal o comunitario. Eso precisamente es lo que no permite la apertura y la atención a las/os demás. En sí, la búsqueda de la identidad no está mal, la dificultad estriba cuando esta última se construye de manera cerrada y excluyente. La inclusión, el respeto y la colaboración son fundamentales para construir.

El trabajo con los migrantes (grupo vulnerable), muchas veces con las/os que viven situaciones precarias, me ha llevado también a colaborar con otros grupos doblemente vulnerables como los refugiados, personas de la comunidad LGBT, trabajadoras domésticas, entre otros. El estar en

contacto con las condiciones límites en la vida de tantas personas, conduce a la viva convicción de que hoy es esencial reconocernos todos de una manera u otra, vulnerables y necesitados. A menudo sucede que por una razón u otra, me sienta extranjero, e incluso a veces, un poco menospreciado. En realidad, el ser ‘de otra tierra’ te hace ya diferente de la cultura en la que te encuentras, pero hay condiciones que en otros contextos, hacen a los que rechazan, a su vez, también vulnerables. Esto para decir que ninguna condición es válida o justifica la discriminación, la indiferencia, el maltrato o la violencia: ni el ser extranjero, ni el ser indígena, ni el tener un determinado color de piel, ni ser mujer u hombre, ni tener una orientación sexual diversa, ni ser del sur o del norte, del oriente o del occidente, etc.

Creo que nuestro trabajo hoy como consagradas/os, como mujeres y hombres de Dios debe ir en línea con las reflexiones hechas por el papa Francisco en la exhortación apostólica del *Amoris Lætitia*, es, hacer un discernimiento, hacer caminos, abrir espacios, ofrecer posibilidades y alternativas, compartirnos. Esto a nivel de la movilidad humana en Europa es fundamental. El diálogo

y el discernimiento juntos son esenciales para finalmente vernos y sentirnos como una gran familia. Aceptar el reto de este compartirme y abrirme, implica que ciertos esquemas rígidos tengan que disolverse para poder reconstruir (me) y enriquecer (me) con los aportes de todas/os, desde la condición en la que se encuentran y con lo que tienen para ofrecer.

Bibliografía:

- FRANCISCO, Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Lætitia*, capítulo 8, en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20160319_amoris-laetitia.html.
- FRANCISCO, Meditación matutina en la capilla de la *Domus Sanctae Marthae*, *Por una cultura del encuentro*, 13 de septiembre de 2016, en https://w2.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2016/documents/papa-francesco-cotidie_20160913_cultura-encuentro.html.
- WEIL, Simone, *Attesa di Dio*, traducción de Orsola Nemi, Rusconi, Milano, 1972.
- WEIL, Simone, BOUSQUET, Joë, *Corrispondenza*, MARCHETTI, A (a cura di), SE, Milano 1994.